

EN LA ESCUELA DE MARÍA

Editado por:

Asociación Hijos de la Santa Cruz

Contacto y pedidos:

hijosdelasantacruz@gmail.com
<http://www.caminandoconmaria.es>

Número Depósito Legal.: MU 1473-2016

Copyright-2016

Queda terminantemente prohibida la reproducción total o parcial de ésta obra.

Impreso en España por:
Tipografía San Francisco – C/ San Nicolás, 31- Murcia

EN LA ESCUELA DE MARÍA

INTRODUCCIÓN

“Yo te alabo Padre, Señor del Cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla” (Mt 11,25)

“Cristo.. (me envió)... a predicar el Evangelio, no con sabiduría de lenguaje, para que no quede sin efecto la Cruz de Cristo” (1Cor 1,17)

“Y yo hermanos, cuando fui enviado a vosotros no me presenté anunciándoos el misterio de Dios con sublimidad de lenguaje o de sabiduría, porque en medio de vosotros preferí no saber otra cosa que a Jesucristo, y a éste crucificado.(....) Y mi lenguaje y mi predicación, no se basaba sobre palabras persuasivas de humana sabiduría de los hombre, sino sobre el poder de Dios.(....)”

“Predicamos la Sabiduría, no la de este siglo ni la de los príncipes de éste siglo, predicamos la Sabiduría de Dios, la escondida en el misterio, la que Dios predestinó para nuestra gloria”(1Cor 2,1 y ss)

“Si no os hacéis semejantes a los niños no entraréis en el Reino de los Cielos”(Mt 18,3)

Querido lector:

Antes de llamar a la puerta y recibir la bienvenida en la Escuela cuyo nombre figura en el título del libro que tienes en tus manos; antes de introducirte en sus páginas para seguir con atención las lecciones de María, conviene que te detengas a considerar, unos instantes, las palabras que encabezan esta presentación. Son del Divino Maestro y de su gran Apóstol San Pablo. Palabras divinamente

inspiradas que te ayudarán a encauzar tu recta y noble curiosidad y a encontrar las mejores disposiciones para sacar fruto abundante de las enseñanzas que hallarás escondidas en esta humilde obra.

Entre esas disposiciones hay una fundamental: la “infancia espiritual”, y por tanto, “la sencillez”; cualidades éstas que, en general, son garantía de felices conquistas para todo aquel que aspire resueltamente a subir hasta la cumbre de la santidad, y en particular, son llave maestra que abre la puerta de acceso a esta “Escuela de María”. En ella descubrirás un sencillo camino de perfección cristiana; un tesoro escondido que enriquecerá tu alma y te hará experimentar un gran crecimiento espiritual, bajo la dirección y la tutela de la “Maestra” más acreditada y la “Madre” más tierna.

Este librito está concebido para “almas sencillas”. Entre sus lectores, no faltará quien se vea condicionado por un rudimentario bagaje de cultura religiosa y una precaria formación cristiana y espiritual. Mientras que éstos sepan vivir la auténtica sencillez evangélica no han de sentirse cohibidos por esa limitación. Tal vez sean ellos los destinatarios más conformes al espíritu de esta obra y lleguen a ser los alumnos aventajados de la Escuela de María. “No te fijes en la apariencia ni en su estatura,...porque la mirada de Dios no es como la del hombre; el hombre se fija en la apariencia exterior, pero Dios ve el corazón.”(1 Rey 16,7).

A veces, con demasiada ligereza, se ha tendido a asociar el concepto de “sencillez” con el de ignorancia, entendida ésta como falta de ilustración y de ciencia. Pero, más allá de este sentido de la noción de ignorancia, restringido a su dimensión cultural, hay una Ignorancia con mayúsculas, una Ignorancia más profunda y trascendental; la que envuelve en la oscuridad el espíritu del hombre y lo aleja de la Luz de la Verdad. “El pueblo que yacía en las tinieblas...”(Mt 4,16). Al igual que hay una Sabiduría con mayúscula, una Sabiduría profunda y trascendental, que viene de Dios y que se

complace en habitar en los limpios de corazón y en las almas sencillas, sin importar su nivel cultural ni el grado de erudición que hayan alcanzado.

Por el mismo camino de la sencillez y de la pureza de corazón han llegado a poseer dicha Sabiduría, tanto aquellos que no destacaron por su talento, o se vieron limitados por su escasa formación cultural, como aquellos que han brillado por su vasta y profunda ciencia. Tanto los doctos e instruidos, como los ignorantes (ignorantes según el criterio del mundo), hallaron respuesta a su ansiosa búsqueda de la perfección cristiana y fueron enriquecidos con los tesoros de la Sabiduría Divina; todos ellos admirablemente sencillos a la par que todos ellos admirablemente sabios.

Dice San Pablo: “...entre vosotros no son muchos los sabios según la carne, ni muchos los poderosos, ni muchos los nobles, sino que Dios ha escogido lo necio del mundo para confundir a los sabios y lo débil del mundo lo ha elegido para confundir a los fuertes (...) para que ninguno se pueda jactar delante de Dios” (1Cor 1,26,27,29).

Querido amigo, no me equivocaré si te reconozco entre esa legión de “almas pequeñas y sencillas” que son potenciales candidatos a formar parte de la “Escuela de María” enriqueciéndose con la lectura de esta obra. Pero, tal vez, tus inquietudes y aspiraciones vayan por otros derroteros y tu deseo de perfección tenga a la vista otros horizontes.

Por lo tanto, amigo lector, si lo que esperas encontrar en este librito es un pequeño manual de teología espiritual, o un conjunto de elaboradas reflexiones de subida especulación teológica o mística; si eres amigo de profundidades y sutilezas; si lo que predomina en ti es la sed de erudición; si tienes tus preferencias puestas en obras de una pulida y brillante literatura; o si, sencillamente, el Espíritu Santo ha trazado ya el itinerario de tu crecimiento espiritual y de tu

formación cristiana..., entonces, querido lector, tal vez esta humilde obra no llegue a la medida de tus aspiraciones, ni sea capaz de suscitar en ti la atracción ni el entusiasmo deseados. Entonces, buen amigo, lejos de querer persuadirte para que desistas de su lectura, permíteme que me tome la libertad de encauzar tus nobles inquietudes y tu “sed” hacia caudaloso río de la literatura cristiana, de ayer y de hoy, que ofrece inagotables y preciosos tesoros de sabiduría acumulados en la vida y el devenir de la Iglesia, y más acordes con tus selectas preferencias.

Seguramente, apreciado lector, habrás intuido ya el ambiente que se respira en esta modesta “escuela de virtud y santidad”, la predisposición que caracteriza a sus alumnos, aquellos que meditan con asiduidad las lecciones contenidas en esta pequeña obra. Todos se sienten como párvulos; asumen con naturalidad la conveniencia de iniciar el aprendizaje partiendo de los fundamentos, comenzando por lo elemental; como si no contasen los progresos alcanzados con anterioridad, con la humildad que inspira aquel antiguo enunciado del filósofo : “scio me nihil scire”, “sólo sé que no se nada”.

En la cartera de colegial viajará solamente lo indispensable : la buena voluntad, el amor, el espíritu de sacrificio, la constancia, un entusiasmo alegre, y una gran dosis de fe y de confianza en la celestial Maestra.

“Como niños recién nacidos, apeteded la leche espiritual no adulterada, para crecer con ella en orden a la salvación” (1Pe 2,2)

A estas alturas, buen amigo, tal vez se haya apoderado de ti, no diré un impulso irresistible que te mueve a entrar sin dilación en esta “Escuela” de virtud, pero sí, cuando menos, una santa curiosidad que te induce a cruzar el umbral de su puerta. Quizá sea, la tuya, una curiosidad semejante a la del “Zaqueo” del Evangelio, cuando decidió subirse a una higuera para ver pasar al Señor. Quizá el momento de

tu decisión está más cerca de lo que se presume y vibra ya en tu interior el deseo de dar el paso.

Si finalmente te decides, querido amigo; si no te conformas con dar satisfacción a tu curiosidad con una ojeada superficial; si, imitando a Zaqueo, das un brinco desde tu higuera y corres a abrir las puertas de tu casa para que entre El Señor en ella y te hable al corazón desde la humilde cátedra de este librito-escuela; si te decides a ingresar en “La Escuela de María” y así avanzar con paso firme, bajo la luz de sencillísimas lecciones, en la ciencia de la santidad..., entonces, tú mismo experimentarás prontamente con qué facilidad se elevará tu espíritu al deseo de los bienes celestiales, y con qué suavidad adquirirás aquel conocimiento que tan ardientemente predicaban los “pilares de la Iglesia” : “...que Cristo habite por la fe en vuestros corazones para que, arraigados y fundamentados en la caridad, podáis comprender, con todos los santos, cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad de este Misterio, y conocer el Amor de Cristo, que supera todo conocimiento, para que seáis llenos de la misma plenitud de Dios” (Ef 3,17-19)

“...hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y al pleno conocimiento del Hijo de Dios, al estado del varón perfecto, alcanzando la estatura propia del Cristo total” (Ef 4,13)

“...para que crezcamos en la gracia y el conocimiento de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pe 5,18)

Estos sagrados fragmentos bastan para mostrar el fin que persiguen las lecciones reunidas en las páginas de “En la Escuela de María”. La conquista de ese fin nos conduce a la meta de la santidad. Y para alcanzar ese fin y esa meta se nos propone un camino trazado mediante una sencilla y sabia pedagogía; camino iluminado por la Luz del Amor y la Sabiduría de Dios; santa y divina pedagogía que lleva una marca distintiva, un sello personal e inconfundible: el de Nuestra

Madre del Cielo, Maestra inigualable en la ciencia de la contemplación evangélica.

Es el Amor de su Corazón Inmaculado el que late detrás de esta Obra, el que la inspira, sostiene y guía. Ella es la “Divina Pastora” que lleva a su débil rebaño de “almas pequeñas” al fecundo abrevadero donde saciarán su sed con las aguas purísimas de la Gracia y del Amor de Dios. Y ese Manantial inagotable es el Corazón Santísimo de su Divino Hijo. Ella conduce a su rebaño a los abundantes pastos de la Sabiduría Evangélica. Y lo protege de la amenaza del fiero y astuto enemigo.

“Ave, Llena de Gracia, Urna de oro que contiene al Maná celeste.

Ave, Llena de Gracia, que sacias a los sedientos con la dulzura de tu Fuente inagotable”. (S.Epifanio.Oratoria.de Laud.Virg.Deip.)

“Ave, Paraíso amenísimo de Dios, que nos ofreces el Árbol de la Vida. Ave, Cepa floridísima, Fuente de las Aguas de la Vida”.

(S.Gemán, De Praesent.Deip.)

“ Y la Virgen se llamaba María”(Lc 1,27)

Así es, noble amigo, tal como se lee en el título. Ella, María, es la Dueña y Directora de esta Escuela de virtud y de santidad. Ella es su incomparable Maestra; cuyas son las catequesis y la sublime pedagogía con que se nos introduce en la profunda meditación de Evangelio; contemplación genuinamente evangélica que dará como fruto una pujante vida cristiana, educada en la práctica de la virtud y ansiosa de perfección.

“Verissime quidem Mater Ecclesiae”(León XIII). Verdaderamente María es Madre de la Iglesia. La función maternal de María tiene una dimensión universal.

Dirá San Agustín: “ ¿Es posible ser miembros de Cristo y no tener a María por Madre?”. Y con San Gregorio el Taumaturgo, confesamos: “A tu seno, María, descendió el Verbo y en tu seno reformó todo el linaje de Adán”. Y no queremos olvidar la fecundísima doctrina

monfortiana, que tiene sus raíces en los Santos Padres: “María es Molde viviente de Dios; en ese Molde formó el Espíritu Santo un

Dios-Hombre por la unión hipostática; y ahora el mismo Espíritu forma en él al hombre-deificado por la gracia, a condición de que nos prestemos dóciles a vaciarnos en ese Molde. Entonces quedaremos conformados a Cristo de la manera más suave y perfecta.”(V.D.223)

“Mujer, he ahí a tu hijo”.(Jn 19,26)

Fiel a la misión, que le fue confiada desde la Cruz por su Divino Hijo, María sigue desempeñando, más activa que nunca, su función maternal sobre el “Cuerpo Místico” y sobre toda la humanidad; misión gigantesca e ilimitada, misión universal de María.

En San Juan estaba representada toda la humanidad: al decirnos Jesús: “ He ahí a tu Madre”, todos quedamos vinculados a María de una manera íntima, vital, afectuosa y filial; filiación espiritual que a todos queda abierta.

Dentro de la misión Materna universal de La Santísima Virgen está, como función propia y específica de las verdaderas madres, la de educar y formar a sus hijos. En este cometido María es, también, insuperable: “ María prodiga al Cuerpo Místico de Cristo los mismos cuidados maternales y el mismo intenso amor conque alimentó y amamantó en la infancia a Jesús, tierno Niño.”(Pío XII,Mist.Corp.)

Y el gran San Juan de Ávila dirá: “Así como supo regalar al Hijo natural, así sabrá criar a los hijos adoptivos.”

Nuestra Bendita Madre encuentra, por doquier, corazones fervorosos que la aman y la sirven; que la invocan con filial confianza y están prestos a secundar sus llamadas. ¡Cuántos rincones ignorados donde se hace presente la “ Voz” de María!

“Nuestra época es la Era de María”(Pío XII)

Cómo en los tiempos en que, tras la Ascensión del Señor y Pentecostés, la Iglesia era una “recién nacida” en la cuna del

Cenáculo, y María prodigó hacia Ella todos los cuidados y desvelos de su Amor Maternal; y asociándose a la obra de su Divino y Místico Esposo, el Espíritu Santo, intervino decisivamente en los primeros pasos de su formación y crecimiento; de forma semejante, en estos tiempos recios, se hace notar el aliento y la cercanía de Nuestra Madre del Cielo; se multiplica incesantemente su presencia y se deja oír su Dulcísima Voz, que aún es acogida por muchos corazones diseminados por el mundo entero y que nos dice, como en Caná: “Haced lo que Él os diga”.

Conducirnos a Jesús: esta es, fundamentalmente, la misión de María. Cuando el célebre padre Fáber entró en la Iglesia católica el año 1845, escribió: “ Nunca supe lo que era amar a Jesús hasta que he amado cordialmente a María”.

También en esta discreta “Escuela” tiene María su pequeño rincón. También aquí encontrará Ella un puñado de almas deseosas de seguir con docilidad su Voz. Esta Escuela es obra suya y le pertenece; Escuela de María donde podemos sentirnos todos acogidos: sabios e ignorantes, ricos y pobres, jóvenes y ancianos. Pero donde María tiene puestas sus preferencias es, singularmente, en aquellos que tienen una viva experiencia de su pequeñez, en las “almas pequeñas”.

Ella es quien alimenta a esas almas con el maná de la sabiduría, porque es la Madre de la Sabiduría Encarnada, Madre del Divino Maestro, Autor y Consumador de la Gracia.

Como Esposa y Tabernáculo Vivo del Espíritu Santo, es perfecta Cooperadora suya en la edificación del Cuerpo Místico. Maternal Educadora de los miembros de ese Cuerpo y Maestra inigualable en la ciencia de la Santidad.

Después de Nuestro Señor Jesucristo, ¿qué otro modelo hallaremos tan admirable y luminoso que nos enseñe a meditar y

vivir el Evangelio como el de Aquella que es ejemplo sublime de oración y de contemplación?

Estas pinceladas de San Lucas nos asoman al misterio de la vida contemplativa de María: “María conservaba y meditaba todas estas cosas en su corazón” (Lc 2,19); “su Madre guardaba todas estas cosas en su corazón” (Lc 2,51).

El objeto de la altísima contemplación de María es el Hijo, todo cuanto el Hijo dice y hace.

El gran propagador de la devoción y culto al Corazón de María, San Juan Eudes nos dejó esta delicia: “todo lo observa, y todo lo conserva como reliquias sagradas, como perlas de infinito precio, como piedras básicas sobre las que construirá la Iglesia; como florilegio de misterios innegables, que serán el tesoro del Nuevo Testamento; como depósito sagrado y herencia inapreciable”.

El Corazón de su Santísima Madre es el Evangelio más fiel y más completo del Verbo Encarnado. Todas las palabras, todas las escenas, todos los sentimientos de Cristo quedan impresos en él.

De cada parpadeo, de cada lágrima, de cada sonrisa de Jesús conserva el Corazón de María el cliché vivo: recuerdos de la infancia, de la adolescencia, de la juventud, de la vida pública de su Hijo. Todo lo recuerda, todo lo repasa, medita y profundiza; todo lo admira e interpreta. En la memoria de su Corazón, y con amorosísimo celo, todo se conserva y se guarda: las impresiones del desarrollo biológico, psicológico y moral de Jesús, el timbre de su Voz, el brillo de sus Ojos y la fascinación de su Mirada, el encanto de su Rostro.

Para meditar y profundizar en el Misterio de Cristo, el mejor libro es el Corazón de su Madre. Para entrar en el Evangelio, profundizando en Él y asimilándolo, el método más seguro y eficaz es entrar en el Corazón de María.

En el Cielo leeremos este quinto Evangelio -que en realidad es el primero- : el de la Vida interior y completa de Jesús. Lo leeremos en el libro del Corazón Inmaculado de María.

Pues, he aquí, carísimo lector, este inesperado regalo de Nuestra Bendita Madre, este pequeño tesoro que tienes a la vista, en cuyas páginas la Llena de Gracia abre su Corazón para derramar sobre nuestras almas torrentes de aquella Luz de la que Ella está inundada y es su Dispensadora. Con tan precioso regalo se nos ofrece, como primicia, aquí en la tierra, alguna de las dichas que están reservadas para el Cielo.

Entremos, pues, sin demora, buen amigo, en este “Cenáculo Mariano”, en este pequeño cielo llamado : “Escuela de María”.

Pero antes, permíteme cerrar estas líneas con una de mis caprichosas aficiones; la de coleccionar perlas marianas cultivadas en los corazones más encendidos en amor filial de los fervorosos hijos de María. He aquí alguna de esas perlas.

“María es el libro divino y admirable en el que el Espíritu Santo ha impreso verdades que el Hijo de Dios ha recibido del Padre y ha derramado a raudales en el Corazón de la Madre.

El Corazón de María es la primera y más Santa Tabla de la Ley cristiana; Tabla no de piedra, sino de oro; no muerta, sino viva. En Ella el dedo de Dios, el Santo Espíritu, ha escrito y grabado todo el Evangelio”.(S.Juan Eudes)

“María es el Libro purísimo y divino de Dios y del Verbo en el que, sin trazo de letras, leemos en todo momento a su mismo Autor” (S.Germán)

“Dios comprendió en el seno de María la totalidad de las Escrituras: su Hijo Unigénito”(Ruperto de Deutz)

“Tú que tienes un Corazón que desborda bondad, apacienta estas ovejas; amamanta con la leche de la gracia a tus parvulillos. Tú que fuiste Nodriza del Creador, acoge y defiende en tu Regazo materno a

cuantos nos refugiamos en Él. Y condúcenos, Madre, a Jesús. Enclaustradnos, oh Madre, en vuestro amorosísimo Corazón. (Oracional visigótico, s.VII).



En la Escuela de María a lo largo de las páginas de éste librito, vamos recorriendo diversas escenas de la vida de Jesús a partir de la visiones sobrenaturales que recibe un instrumento elegido por Nuestra Madre la Santísima Virgen. Estas visiones son narradas con sus propias expresiones y palabras, son relatadas por éste mismo instrumento cuya narración es completada por una explicación de Nuestra Madre mediante locución directa de Ella. Todas estas manifestaciones sobrenaturales han sido sometidas a un atento y prudente discernimiento por parte del director espiritual del instrumento sin eludir el consejo de los pastores autorizados de la Iglesia, llegando a la certeza moral de que tienen origen sobrenatural y en todo están conformes con la doctrina y la moral de la Iglesia Católica, y que su lectura y meditación puede ser de enorme provecho espiritual.

En cada escena que se nos presenta, nuestra Madre nos lleva de la mano como a hijos pequeños y nos da una lección magistral de cómo hemos de ver, contemplar, sentir y amar a Jesús en cada momento de su vida como un protagonista más, y no sólo como un protagonista más sino como hijos queridísimos que somos de ésa misma Madre y hermanos en Cristo Jesús, y nos introduce casi físicamente en ésa escena con una sencillez y espontaneidad propias de la Madre más atenta y cariñosa, y de la mejor pedagoga.

En éste libro se siente el Amor y la ternura de nuestra Madre, que quiere hacernos partícipes de ése amor que Ella tiene a su Hijo, para que nos identifiquemos con Él, y así le amemos hasta tal extremo

que le entreguemos por completo nuestro corazón y nuestros más grandes anhelos de amor, con la certeza de que Él es el único que los puede llenar.

Éstas escenas no siguen un orden como se sigue en los Evangelios desde su concepción hasta la Resurrección, la Virgen Santísima es la Maestra en ésta Escuela y se han respetado cada una de las fechas en las que Ella, como Madre amorosa, muestra la escena a su instrumento para que nos la transmita.

Con Ella vas a vivir con Jesús y sus discípulos, escuchándole, viajando con Él como un discípulo más; viviendo su Pasión sintiendo los latigazos, insultos, la multitud enfurecida, la soledad de María y también sintiendo el inmenso Amor y la compasión en sus ojos, ésa mirada de Jesús.

Después de cada escena, nuestra Madre nos ofrece una explicación llena de sabiduría y sencillez, y caes en la cuenta de tantos detalles que solo una Madre percibe y siente, y que nos quiere transmitir como hijos suyos que somos.

A lo largo de la historia de la Iglesia ha habido revelaciones llamadas “privadas”, algunas de las cuales han sido reconocidas por la autoridad de la Iglesia. Éstas, sin embargo, no pertenecen al depósito de la fe. Su función no es la de “mejorar” o “completar” la Revelación definitiva de Cristo, sino la de ayudar a vivirla más plenamente en una cierta época de la historia (Art. 67 del Catecismo de la Iglesia Católica).

Además el mismo Espíritu Santo no solo santifica y dirige al Pueblo de Dios mediante los sacramentos y ministerios y lo llena de virtudes, también reparte gracias especiales entre los fieles de cualquier estado o condición, y distribuye sus dones a cada un según quiere (1 Corintios 12,11); con estos dones hace que estén preparados y dispuestos a asumir diversas tareas o ministerios que contribuyen a renovar y construir mas y mas la Iglesia según aquellas palabras: “a

cada uno se le da la manifestación del Espíritu para el bien común” (1Corintios 12,7). Estos carismas tanto los extraordinarios como los ordinarios y comunes hay que recibirlos con agradecimiento y alegría, pues son muy útiles y apropiados a las necesidades de la Iglesia (Vat II Constitución Dogmática Lumen Gentium C.2,12)

El Decreto de la Congregación para la Propagación de la Fe aprobado por S.S. Pablo VI en fecha 29 de diciembre de 1966 que abroga los cánones 1399 y 2318 del antiguo Código de Derecho Canónico, permite divulgar sin licencia expresa de la Autoridad Eclesiástica escritos tocantes a nuevas apariciones, revelaciones, visiones, profecías y milagros, con tal que se observe la Moral Cristiana general, por tanto sometemos el juicio definitivo de éstos escritos a la autoridad del Magisterio de la Iglesia, y los ponemos en el Corazón Inmaculado de María, para que a través de ésta Obra suya, sus hijos conozcan la infinita maravilla que es el Amor de Cristo.

Ananías. El Director Espiritual

18 de diciembre de 2017

Festividad de Nuestra Señora de la Esperanza

ESCENA 1. LA ANUNCIACIÓN DE LA VIRGEN

17 de mayo de 2016

Es una casita muy pobre de Nazaret, pequeña, sencilla. La Virgen María se encuentra en una habitación limpia, muy limpia; no tiene casi muebles y tan sólo entra la luz del sol por una ventana que da a un huerto, con una cortina que está casi cerrada.

En un lado hay una cama con esterillas para tumbarse. En el lado contrario, hay una estantería con un jarrón. Nuestra Madre está en contemplación, de rodillas en el suelo, apoyada sobre sus talones; está haciendo oración con sus manos unidas.

Ya es de noche y María se levanta de la cama. Comienza a orar y de repente entra una luz muy potente por la ventana. Las cortinas siguen en su sitio y en medio de ella se distingue la silueta de un ser humano; pero no lo es, es la de un ángel, es el Arcángel San Gabriel. Su figura es de un color claro y su rostro resplandece. Su vestidura es blanca como la nieve.

La Santísima Virgen en aquellos momentos estaba desposada con San José. Y el Arcángel le dice: “Salve, Llena de gracia, el Señor está contigo”. La Virgen, al oír esto, pone sus manos cruzadas en su pecho y se turba; le da miedo porque Ella no llega a comprender el significado de aquellas palabras y San Gabriel le dice: “No tengas miedo, María, porque has obtenido gracia delante de Dios. Concebirás y darás a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús. Será Hijo del Altísimo y reinará sobre la casa de David por los siglos de los siglos”. Y Ella le responde: “¿y cómo será esto? Pues no conozco varón”. El Arcángel le responde: “El Espíritu Santo está sobre Ti y el Altísimo te cubrirá con su sombra. El Hijo que vas a engendrar será Santo y se llamará Hijo de Dios. Tu prima Isabel ya está de seis meses cuando era estéril, porque para Dios nada es imposible”. María

responde: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”.

El Arcángel le hace una reverencia a Ella y a su Hijo y desaparece.

EXPLICACIÓN DE NUESTRA MADRE, MARÍA REINA DE LA PAZ:

Hijos míos, un Ángel se presentó en medio de la noche, pero no me turbó su presencia, sino sus palabras. Reconocí que era un Ángel; mi mundo era lo sobrenatural aunque vivía como una adolescente de la época.

Hoy en día los hombres solo dan importancia a lo material y sensible, y lo sobrenatural lo ven como algo ficticio e inexistente. Para mí aquello era algo misterioso pero real. Me estremecí al oír sus palabras: “Salve, llena de gracia, el Señor está contigo”. Me di cuenta que algo muy grande me aguardaba; y el Ángel continuó hablando: “No tengas miedo, María, porque has obtenido gracia delante de Dios; concebirás y darás a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús. Será Hijo del Altísimo y reinará sobre la casa de David por los siglos de los siglos”. Aquí fue cuando me di cuenta de la llamada. Todo adquiriría sentido porque entendí el gran deseo que tenía de ser virgen, y a la vez madre.

El Ángel me habló de un hijo que sería concebido y pensé, ¿Cómo podría ser esto si no conozco varón? Con su respuesta vi claramente la presencia de Dios, y que iba a ser Madre de Dios, y mi alma se llenó de una alegría inmensa viendo mi vocación, para lo que Dios me había creado. Y mi respuesta fue un “sí”, un “hágase según tu Palabra”.

De este modo, Dios formó de mis entrañas el Cuerpo y creó un Alma de la nada, y a ese Cuerpo y a esa Alma se unió el Hijo de Dios. Así quedó hecho Hombre. De esta manera no solo me hice Madre de Dios, sino de todos los hombres. Por eso cuando el Señor se insinúa a

un alma y la llama por su nombre hay que decir que sí, confiar, fiarse de Él.

Por otro lado, el saludo del Ángel es el comienzo de una de las oraciones más importantes, junto con el Padre Nuestro y que tanta gloria dan a Dios: El Avemaría. Estas dos oraciones son las más importantes; no son obra humana, aparecen claramente en el Evangelio y son para vosotros, para que deis gloria a Dios. Con el Ave María se está dando gloria a la Trinidad. A Dios Padre porque Él no hizo una criatura más perfecta que Yo. Se da gloria al Hijo porque Yo soy su Madre y Él es mi Hijo; y al Espíritu Santo porque Él es mi Esposo.

Mirad hijos Míos: ciento cincuenta Avemarías forman un Rosario. El Rosario es la oración más poderosa frente al enemigo. Si tan sólo un Avemaría se rezara con auténtica devoción y amor, esa alma sentiría mucho más amor por Mí y Yo le haría partícipe de tantas gracias que podría encontrar mucho más fácilmente el camino de la salvación.

Hijos míos de Mi Corazón Inmaculado, quiero que el Rosario se extienda; que se rece. No hay oración que más me agrade. Esas ciento cincuenta perlas ¡me hacen tan feliz! Y después las letanías que es un continuo piropo hacia mi persona. Por lo tanto, hijos Míos, divulgadlo todo lo que podáis; decid a las personas que rezando el Rosario, se acaban sus problemas. Si al principio no pueden porque les cuesta mucho, que empiecen por un misterio; y luego, poco a poco, hasta que se rece entero.

Esto es lo que hoy os tengo que decir. Junto con el Padre Nuestro, el Avemaría es la oración más importante que hay y que más fuerza tiene frente a las acechanzas del enemigo. Rezadlo con verdadera devoción y con verdadero amor; y, si podéis, rezad más de uno; ofrezcedlo por diversas intenciones y personas porque gracias a la

fuerza que tiene esta oración, van a recibir muchas gracias que en su tiempo darán sus frutos.

LECCIÓN BREVE SOBRE LA ESCENA DEL DÍA ANTERIOR:

Queridísimos hijos, el anuncio de la llegada de mi Hijo fue lo que anoche contemplasteis; fue un “Fiat” rotundo, con amor y para siempre; fue un abandono total en las manos de Dios.

Esta es la lección de hoy: abandono, confianza absoluta en las manos de vuestro Padre Dios.

El abandono exige tal grado de desprendimiento del yo que si lo practicáis de verdad sólo existirá la Voluntad de mi Hijo. Es un grado tan alto de confianza que no da lugar a la duda, ni a los razonamientos propios del ser humano. Abandonaos totalmente a la Divina Providencia; dejaos llevar sin tan siquiera preguntaros el porqué de este camino. Todo está ordenado para un fin, aunque ahora no se vea. Es esa confianza que tiene un niño cuando está en las manos de su padre. ¿Acaso duda? No, ni tan siquiera se pregunta; sólo confía.